

DISCURSO ACTO DESPEDIDA DE RESIDENTES AREA IV

18/05/2018

Laura Fernández Alonso EIR Geriátria

Cuando me encargaron la tarea de dar este discurso, la verdad es que no lo pensé mucho, dije que sí, que sin problema, que yo, que hablo con las piedras, no veía por qué no hacerlo. El planteamiento era – aparentemente- sencillo. “Habla de qué significó para ti el EIR, de tu experiencia personal”. El problema vino cuando, un mes después, decidí que iba siendo hora de ponerme manos a la obra, y me enfrenté al folio en blanco sin ideas.

Mi primer pensamiento fue que no hay nada original que decir, y menos en este foro, lleno de personas que habéis pasado por la misma vivencia que yo. No os puedo contar nada que no sepáis, cada uno vive esta experiencia a su manera, más como puede que como quiere, porque desde esa noche de marzo de 2016 en la que una llevaba dando al intro desde las 23,30 h. para ver si se actualizaba la página del Ministerio con los números de orden hasta hoy, han pasado muchas cosas, a cada uno unas diferentes en tipo e intensidad; pero al final lo que tenemos en común es el haber hecho durante dos o cuatro años un ejercicio libre de supervivencia.

Así que, decidí que lo mejor que podía hacer, era contaros cómo fue el mío. Y para empezar por el principio, comencemos por la elección de la especialidad. Decía Eduardo Galeano (y cito textual) que “Estamos en plena cultura del envase. El contrato de matrimonio importa más que el amor, el funeral más que el muerto, la ropa más que el cuerpo, y la misa más que Dios”. Así que lo normal sería, como ser social, imbuida de esta cultura que me ha tocado vivir, haber escogido las especialidades “bonitas” de la Enfermería. Pues no. De las dos veces que hice el EIR, porque no lo había mencionado, pero soy reincidente (llámese motivación de aprendizaje, o parafilia...pero meternos en ese tema daría para otro discurso diferente, y no viene al caso); pues eso, que de las dos veces del EIR, ninguna de las dos elegí las especialidades estrella. Yo, voy a decirlo así a bocajarro, aunque pueda sorprender: nunca quise ser matrona. Y, cuidado, que tienen toda mi admiración las matronas, sólo lo utilizo como ejemplo para enfatizar cómo yo me sentía cuestionada por la gente que me rodeaba. Cuando decía esto de que no quería ser matrona a mis amistades en aquellos días de la dudosa incertidumbre, todo el mundo se mostraba comprensivo, sólo a un par de ellos se les escaparon las frases de rigor, del tipo: ¿te vas a ir con los locos y no tienes miedo?, ¿te vas a ir con los viejos y no te da depresión?. Por favor, no digáis esto nunca. En la gente de la calle queda feo, pero en un profesional sanitario... en fin... parafraseando a una buena amiga mía “haber estudiado derecho”. Pues sí, amigos y amigas, los profesionales sanitarios que me rodeaban también me preguntaban estas cosas. Esto y la siempre clásica “¿qué es que no quieres ganar dinero nunca?”. Esta última fue cuando comuniqué la única sentencia más sorprendente que el “yo no quiero ser matrona”, que es la terrible: “Voy a volver a hacer el EIR”.

Pues así, a lo loco, me embarqué por segunda vez en esta aventura. Y así llegó el primer día de residencia. Que, a ver, es todo muy confuso. Tú vas toda “Meredith Grey de la vida”, rollo, soy

un prodigio, segundo EIR, me como el mundo con patatas... Entonces, llegas y dices, hola soy Laura, la EIR... Y esa compañera, que puede ser enfermera, auxiliar, celadora o lo que sea, que se gira y te mira como las vacas al tren, y te dice. ¿Qué eres quién? Bueno, da igual, tú ven pacá y ayúdame que hay que hacer esta cama que acaba de vomitar el paciente. Y te sorprende oír esa voz en tu cabeza que repite como un mantra: “Haber estudiado derecho”.

Y, aunque la cosa se va encarrilando, y la verdad es que cada vez hay que decir menos eso de “soy como una MIR, pero enfermera, en vez de médica”; anécdotas derivadas de la falta de reconocimiento de las especialidades las hay a patadas. A veces las hay tan surrealistas, como una vez que llegué a un dispositivo nuevo a rotar (cuyo nombre no diré para salvaguardar la confidencialidad) y cuando me presenté diciendo que era la EIR, la persona a la que me dirigía asintió sonriente (tengo que puntualizar que no era personal sanitario) y oí como cuchicheaba con su compañera: “creo que viene pa la cocina”.

Es gracioso. Y aprender a reírse de uno mismo también forma parte del aprendizaje, porque de eso se trata el período residencia: de ser aprendices profesionales. Lo cual no deja de ser un privilegio, no nos olvidemos. El aprendizaje clínico y asistencial es el evidente, pero detrás de él se esconde la aportación vital inmensa que supone una formación de este tipo, y que es, según mi modo de ver, el meollo de la cuestión. Esto incluye asumir que habrá gente a la que EIR le suene a hacer cocidos, y otra que te juzgará sólo por ser EIR, y otra que te admirará, y así, de cada persona que te vas encontrando, puedes extraer un aprendizaje diferente. Y se te acaba quedando el vicio de intentar obtener sabiduría a destajo, de cualquier situación, de cualquier cosa, porque piensas “me pagan por aprender”, y ese es uno de los aspectos de mi experiencia personal que quería resaltar aquí hoy con vosotros y vosotras: la avidez de conocimiento por sistema, que se extrapola al resto de tu vida. Me parece uno de los regalos más valiosos que te ofrece la residencia.

Pero ojo, que se le pueda sacar rendimiento en términos de aprendizaje vital al desconocimiento que incluso tus propias compañeras tienen de lo que significa el EIR, no significa que no debamos aunar esfuerzos para lograr un mayor reconocimiento de las especialidades de Enfermería. Y eso, que evidentemente incluye voluntad política y otras vicisitudes que exceden nuestras competencias, sí que empieza por nosotras mismas. Porque esta profesión nuestra, y, en general todas las profesiones sanitarias, tienen una fuerte tradición religiosa que sigue muy arraigada hoy en día. Y, cuando alguien le pregunta a una enfermera por su profesión, suele empezar con un “Yo siempre quise ser...”. Y, aunque nos quitaron la cofia física hace muchos años, seguimos con la cofia virtual de la deuda con la vocación. Creo que hay que empezar por cambiar el discurso, y asumir que el “yo hasta de pequeña me disfrazaba de enfermera” no es ningún argumento serio para justificar una profesión que se supone científica. Somos personas con una formación universitaria superior, en el caso las EIRES, formación especializada de posgrado; y como tales debemos cambiar el “yo siempre quise ser...” por un rotundo “yo soy”.

Yo soy enfermera especialista en salud mental. Y la semana que viene seré especialista en geriatría. Y si volviera a tener que escoger especialidades, hubiera hecho las mismas dos elecciones que hice. Y ya metiéndome un poco en lo sentimental, siempre recuerdo mi primera reunión con el que fue mi tutor en salud mental, cuando me dijo “enhorabuena, porque has

escogido la única especialidad que te va a servir a título personal". Es un poco inexacto, porque creo que cualquier especialidad te aporta grandes aprendizajes vitales, pero es verdad que la salud mental me cambió la forma de entender la vida, la profesional y la personal, porque aprendí que una enfermera es mucho más que la que pincha, y que una persona es mucho más que un diagnóstico psiquiátrico.

Y si la salud mental me cambió la visión de la vida, la Geriátrica me cambió la visión de la muerte; lo cual puede parecer menos, pero yo creo que es incluso más importante. Probablemente ése haya sido uno de los aprendizajes más intensos a los que me he sometido en mi vida. La búsqueda de la trascendencia por diferentes mecanismos, la serenidad del anciano que te mira a los ojos y te dice "yo ya no quiero estar aquí" y la sentencia abrumadora de un médico de paliativos con el que tuve el privilegio de trabajar que me regaló la frase certera de "uno muere como vive" son, entre otras muchas, las razones por las que creo que es acertado no haber estudiado Derecho.

Y ahora, toca el momento Oscar, los agradecimientos.

Gracias, en primer lugar y principal, a Yolanda Valcárcel, responsable de Docencia de Enfermería del HUCA, secretaria de la Comisión de Docencia, por darme la oportunidad de hablar aquí hoy. Aunque a veces el camino sea duro, y el reconocimiento poco, estos pequeños gestos son los que de verdad motivan a seguir aprendiendo siempre.

Gracias a todo el personal del Area de Gestión Clínica de Geriátrica del Hospital Monte Naranco, porque a veces, lo sabéis todos y todas, las cosas no van bien, la residencia se convierte en una carretera cuesta arriba y no se ve el fin por ninguna parte, y esta gente, todo el personal del Naranco, desde las supervisoras de planta hasta las limpiadoras, siempre tienen una palabra que hace que merezca la pena seguir. Resaltar la figura de las enfermeras que nos forman, porque los conocimientos están en los libros, pero la sabiduría son ellas, y lo que da sentido al EIR (y al no ganar dinero en una temporada) es la posibilidad de beber de esa fuente inagotable de experiencia que son ellas. Gracias también a mi tutora, Teresa García Beovides, porque su comprensión sin necesidad de explicaciones es una de las mejores cosas que me llevo de esta experiencia.

Gracias a mis compañeras, a mis erre mayores, Ester y María, por sus enseñanzas profesionales, y sobre todo, pragmáticas de adaptación al medio. Es impagable lo que hicisteis por nosotras. A mi compañera Isa, a mis erre pequeñas Irene y María José.

Y no puedo dejar de dar las gracias a todo el personal del Area de Gestión Clínica de Salud Mental, porque esa siempre será, de alguna manera, mi casa, y la llevo siempre en el corazón. Gracias por enseñarme a ser enfermera. En especial, las gracias más grandes de hoy, son para mis coerres de Salud Mental, que son como mis hermanas, aunque ninguna esté en esta área, y, por lo tanto, hoy aquí no me puedan escuchar, pero sé que están conmigo, porque ellas siempre están. Naiara, Dorleta y Paloma, gracias infinitas.

A vosotros y vosotras, os deseo un fin de semana de desconexión máxima (no voy a decir que os emborrachéis, porque las enfermeras sólo damos consejos de salud; pero sí os diré que os

divirtáis mucho, porque el lunes empieza la locura de contratos, de llamadas, de oportunidades. Pero también de responsabilidad, no hay que olvidarlo.

No hay ningún consejo que yo pueda daros más allá de que apliquéis como mejor sepáis todo lo aprendido en estos dos o cuatro años. Y que cuando os digan algo como “uy guapina”, o “uy que joven, quiero que venga un profesional de verdad”; os acordéis de que vosotros, independientemente de lo que hayáis querido ser, ya sois. Fuera cofias virtuales.

Muchísimas felicidades por haber llegado hasta aquí, por haber sobrevivido.

Muchísima suerte.

Muchísimas gracias.